



FANTASÍA DE UNA SIESTA DE VERANO

primera tarde de verano, tendido sobre la cama, descabezando la siesta, déjasele al espíritu elemental, á aquello del espíritu que enraiza en el terreno corporal, vagar en torno de éste y á él como con una cuerda sujeto. Sobre la vaga sinfonía de toda una orquesta vital constrúyese

todo un mundo. Los párpados se cierran al peso de una congestión de vida elemental y óyese uno á sí mismo. Oye el vaivén rimado de la propia respiración y el debilísimo susurro de ésta, y oye á la vez el del roce de la oreja con la almohada. Y también el de la circulación de la propia sangre en esa oreja calentada. Es como el susurro de un mar lejano, muy lejano, y es, sin embargo, el ruido más próximo, el de aquel primer término, que por tan primero apenas se ve; algo así como el umbral de un cuadro.

Por el reposo de la alcoba, sumida en soporosa penumbra, revolotea, dando vueltas y más vueltas, un moscón, y su mosconeo se casa á esos susurros del respiro y de la circulación y del roce con la almohada, y de ellos, sinfónicamente, se destaca. El moscón se detiene á ratos, para comenzar de nuevo, y hay veces en que se le siente pasar al ras de la sien atormentada. Es el suyo un ruido circular y como agorero, que crece y decrece ordenadamente. Y vagamente se sueña en los mundos que ruedan en torno á sus soles y en la armonía astronómica y en la música de las esferas celestiales.

Entretanto suenan más allá, en la calle, los acompasados pasos de los transeúntes. Nacen de pronto, á lo lejos; vanse acercando; diríase un momento que el desconocido va á subir y á sorprendernos; pero los pasos se alejan y su rumor decrece hasta perderse. ¿Quién será?, ¿quién no será? ¿Es la Historia algo más que pasos que en el futuro nacen y van á perderse en el pasado? Porque lo otro, lo de que nazcan en el pasado y vayan á perderse en el futuro, es una ilusión, como la de ver desde un tren en marcha que el campo desfila, y en el reposo de la siesta, sobre el susurro constante del propio respiro y la propia respiración y sobre el mosconeo del moscón preso en la alcoba penumbrosa, se descubre la ilusión como tal. De pronto brota á lo lejos, del ámbito sereno y sonoro, un solenne campaneo, y éste sí que es la Historia, ó mejor que la Historia, la leyenda. Es la voz de la leyenda, que nos mece el alma elemental en ensueños vagarosos. Las raíces del espíritu, las que se hunden en el cuerpo terrenal regado por sangre, palpitan al canto del follaje, del espíritu mecido por brisas de leyenda, brisas secitales. Mas por debajo del campaneo, no deja de oírse el zumbido del moscón, que se ha fundido en él. Diríase que las campanadas llevan como arregazado al mosconeo.

Y en esto cortan la orquestal sinfonía los toques claros y secos, recordados, del reloj de la ciudad, que da la hora. Y uno, medio adormulado, las cuenta. «Una... dos... tres... cuatro. ¡Va á dar hora entera! ¡una!, ¡dos!, ¡tres!, ¡las tres!» Y se aprieta uno á la almohada. Por debajo del legendario campaneo y del mosconeo, uno cuenta y siente la punzada de la vida civil. Que la vida civil es número, peso y medida. ¡Pero... afuera cuidados!

De vez en cuando llega, sobrenadando en esa sinfonía, el grito fresco y verde de algún chiquillo ó el piar de un pájaro, quién sabe si enjaulado, á quienes se les escapa vida. Son como estrellas fuga-

ces, como bólidos, que en una noche encienden la hemisfera negra del cielo sereno. Y allí, insistente, aquel chillar de un ave, que parece el rechinar de una polea herrumbrosa.

A la vez los acordes del piano. Estos es como si llegasen de la lejanía del último horizonte, confinante con el cielo; pero con un cielo puramente sonoro é invisible, con la serenidad de un silencio azul que vela y encubre el infinito. Porque á todo esto se oye el silencio también. Y se oye de rato en rato, en sí mismo, el tragarse la saliva.

Y á todo esto, no se piensa en nada ni se discurre, pero se crea todo un mundo armónico y sonoro. Es como si uno se dilatare y dilatara enormemente, hasta abarcar dentro de sí la inmensidad sonora, y en las propias entrañas zumba el moscón y discurren los transeúntes y resucitan las campanas y tocan el reloj de la ciudad y chillan los niños y pían los pájaros y trae el piano intimaciones del horizonte infinito. Y nada de esto pasa. El río del tiempo temblotea, si no no fluye, y en él se espejan y retratan, tembloteando y retoreándose, los árboles de sus márgenes. Es una danza solenne y ritual de esos árboles.

Esas notas no van y se pierden con el tiempo. La pureza de ellas nos liberta del tiempo. Una nota pura, musical, no es de antes, ni de ahora, ni de después; no es pasada, ni presente, ni venidera. Esta nota pura, purísima, es la misma de antes, es la misma que vendrá después. Lo bello es, no ya perfectamente reversible, sino eterno, fuera de tiempo.

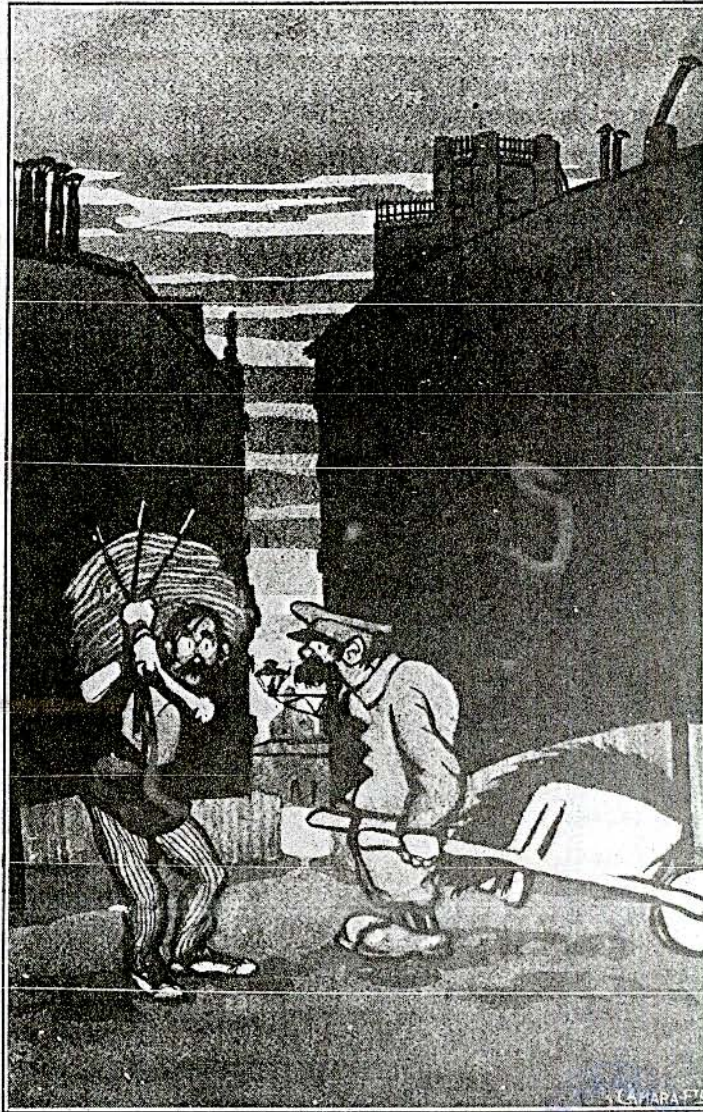
Envolúntas así las raíces elementales del espíritu durante la siesta en esa orquesta vital, surge de la intimidad, en un verdadero éxtasis, la sensación de sentirse eterno, que es más aún que inmortal. Y el arrullo del susurro del respiro y de la circulación de la sangre, y del roce de la almohada y del tragar de la saliva, y del zumbido del moscón, y del campaneo á ratos, y de las pisadas de los transeúntes, y del piano que canta lejanías, susúrrase uno al oír los toques de

la hora: «pero estoy vivo ó muerto? ¿estarán tocando á mis funerales?; ¿y qué será de los otros?; ¿es así como se muere?; ¿es así como se vive?; ¿mañana será otro día?; pero, ¡no!; mañana será ayer!, ¡ayer fue mañana!; ¿para qué dormirse?; ¿para qué despertarse?»

Y uno, entonces, no quiere dormirse ni quiere despertarse; no quiere nada. Se está más allá del sueño y de la vela, por encima de sus fronteras. Siéntese que la vida íntima, la vida pura, la vida musical, la vida eterna — no inmortal —, no es ni sueño ni vela. Se sueña aseo que se está despierto y se vela que se sueña. De todos modos se es. Se es y propiamente no se existe. Siéntese uno convertido en sinfonía pura, en acorde de infinitos tonos, en constelación de notas puras. Y todo eso á que nos llaman los toques del reloj de la ciudad, no puede venir á parar á más que esto, á más que una siesta así.

Y bajo esta dulce y lenta lluvia de notas puras, se oye ahí, dentro, muy dentro de sí mismo, por debajo de las propias entrañas, en su obscuro seno silencioso, se oye, decimos, gemir de semillas. Estas semillas son las ideas que vienen de los siglos del porvenir y van á los siglos del pasado. Y en tanto canta el follaje.

HUMORADAS DE CAMPOAMOR



Voy á decirte una verdad, y es ésta:
¡No vale nuestra vida lo que cuesta!

Dibujo de D'hoj

Miguel de Unamuno

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES